

# Ciencia y Universidad

Por María Carolina Geel

Empezaremos esta crónica haciendo referencia a la última parte del interesante libro del profesor Igor Saavedra (*Ciencia y Universidad*, ediciones de la Corporación de Estudios Contemporáneos, Santiago, 1979), esto porque nos recuerda allí, una vez más, un punto que al ser reflexionado deja siempre un mar de fondo en el espíritu, esto es, el progreso. El profesor Saavedra, con toda razón, lo sitúa como la pasión y actividad fundamentales de la especie humana. Desde luego, si miramos el recorrido hecho por el hombre desde que se alzó en dos pies sobre el planeta, el hecho resulta más que asombroso, alucinante. Sin embargo, este hecho conduce a una categoría también trascendente: su irreversibilidad y la terrible fuerza de su inercia. Dicho en lenguaje llano, al progreso no lo para nadie. ¿Hacia dónde se dirige; hacia qué maravillas que no arrastren consigo la autodestrucción? Porque la naturaleza misma del hombre, su conformación mental —otra maravilla—, da pruebas de que también llega a obnubilarse. Por ejemplo, después de Hiroshima, ¿no ha seguido empeñado buscando perfeccionar el poder destructor de la bomba en vez de haber retrocedido aterrado? Ciertamente hay grandes grupos, entre los que se destacan personalidades como Solzhenitsyn, que midiendo el abismo destructor reaccionan y predicando algo así como una moral del progreso. Mas...

Volvamos ahora a los capítulos iniciales del libro, deteniéndonos, por ser caso curioso y por demostrar, como dice el autor "que el desarrollo de la ciencia requiere como condición necesaria un mundo abierto, sin dogmas, en que las ideas científicas se debaten con absoluta libertad", en el caso Lysenko, de la URSS. Estimulados tal vez por sus ideas contrarias a todo lo que se usa en Occidente, entre los años 48 y 56 las autoridades y el Partido

acogieron allí una teoría genética presentada por T. U. Lysenko, opuesta al mendelismo occidental, teoría que rechazaba de plano el principio del gene. "Como consecuencia directa, dice Saavedra, la biología soviética fue casi destruida y también fue seriamente afectado el desarrollo científico general del país; también fue dañada, como consecuencia previsible, la productividad agrícola y por tanto la economía y el nivel general". Porque ocurrió que los que allí mandaban impusieron dicha teoría contra la opinión de la mayoría de los científicos.

En las páginas 28-29, queriendo recordarnos, no obstante, que la ciencia no es "todo", hace referencia a un festivo pasaje del libro *Contrapunto*, de Aldous Huxley, sobre el proceso físico que desencadena una música, proceso que empieza por la vibración de los vidrios de las ventanas y del aire, la cual había sacudido la membrana tympani de Lord Edwards, los huesecillos martillo, yunque y estribo, etc., levantando "una tormenta infinitesimal". Los extremos filamentosos del nervio auditivo se estremecieron "como algas por un mar picado; un gran número de milagros oscuros se efectuaron en el cerebro y Lord Edward murmuró en éxtasis: ¡Bach!". Y el profesor Saavedra comenta: sin duda la Suite en Si menor es mucho más que esto para nosotros.

Recordemos que Igor Saavedra es profesor de Física Teórica de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de la Universidad de Chile. Así, estima la Física como "paradigma de ciencia". No obstante hace notar que "para proceder con la mayor honestidad posible, debemos también enseñar a nuestros alumnos que en cada momento de la Física siempre hay preguntas que en ella no encuentran respuestas".

Notable es el proceso de los estudios científicos en nuestro país. El autor lo relata acudiendo a su experiencia personal. El había estudiado cinco años su especialidad en el Departamento de Física del Imperial College de la Universidad de Londres. En 1962, terminada la beca, estimó que era su deber volver a su patria por cuanto no podía traicionar a las personas y a la institución que lo habían ayudado, "que habían confiado en mí" y a las cuales debía lealtad (pág. 51).

Suponía, por lo demás, que aquí no existía profesor alguno que trabajase en su especialidad. La sorpresa fue cuando al llegar se encontró con que "no sólo había físicos teóricos" con cargos permanentes en la Universidad, sino que, además, el número de ellos era mayor que el de sus equivalentes en el Imperial College! Una de sus primeras experiencias fue cuando le presentaron a uno de los "físicos" teóricos tenido acá como lumbrera y a quien le pidió que diera un seminario sobre sus trabajos. Luego de aceptar con entusiasmo, al acercarse la fecha pidió postergarla; a la nueva fecha dijo que estaba enfermo; a la tercera que su mamá tenía problemas. El seminario no se realizó nunca. Resumiendo: la orfandad en cuanto a verdaderos profesionales científicos en la Universidad era increíble, a los 60 años de corrido el siglo y sólo 18 atrás de nuestros días. ¿Dónde nacía la aberración? ¿El Decano, el Ministro? Nunca llega a saberse...

Como era lo inevitable, se rodeó de enemigos que vefan amagados sus puestos. También tuvo partidarios. La lucha fue larga y penosa, pero hoy la Universidad cuenta con verdaderos profesionales científicos.

Pero un mal subsiste hasta hoy: el de los alumnos becados por la Universidad en el extranjero que luego de adquirir conocimientos se niegan a volver. Un hermano

de éstos, a una pregunta del profesor, respondió: "Para qué va a volver. Aquí no hay nadie capaz de entender lo que él hace, él se mueve en un nivel intelectual que no existe en este país y, además, aquí pagan sueldos miserables".

El profesor Saavedra, no obstante, reconoce que en la actualidad, mejoradas las remuneraciones, las cosas han cambiado bastante.

Para terminar. El autor expone con claridad, síntesis y aun viveza. Como se sabe, hay científicos que poseen además buenas dotes de escritores. Tal el caso.

## Breve Anotación Léxica.

En la imposibilidad material de comentar todos los libros buenos y muy buenos que recibimos, vamos a referirnos a un detalle no poco agravante, relacionado con el excelente volumen publicado por Pablo Garrido, *Historial de la Cueca* (Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1979).

Ocurre que en el diccionario *Aristos*, de Sopena, Barcelona, muy difundido entre nuestros estudiantes, en el título *zamacueca* se define: "Baile popular grotesco (el subrayado es nuestro) que se usa en algunas partes de América, especialmente en Chile y Perú".

Nos preguntamos: ¿corresponde a la Academia Chilena el examen y corrección de acepciones de este género, más frecuentes de lo deseable en diccionarios españoles?

Felicitemos a Pablo Garrido, destacado erudito musicólogo, por su documentadísimo y bello libro, profusamente ilustrado.